

La posmodernidad

Delia Schimpf de Fonseca

Este trabajo tiene como propósito reflexionar acerca del *nuevo orden mundial*, tratando de analizar este tema desde diversos ángulos, de modo que podamos tener un encuadre que nos aproxime a la realidad.

Sin embargo, cualquier abordaje de este tema no podrá desconocer la situación general de la cultura y la época histórica para la cual ese nuevo orden se postula. Por un momento hagamos el esfuerzo de reflexionar sobre nosotros mismos. Y digo "esfuerzo" porque es una tarea difícil, por no decir casi imposible, si queremos ser objetivos: y es porque somos los sujetos y a la vez el objeto de nuestra reflexión.

Estamos tan inmersos en el espacio posmoderno y sus nuevas categorías culturales que hemos perdido la posición privilegiada de un punto arquimedeano para valorarlo. Es lo que Jameson (1992) llama la abolición de la distancia crítica: ya ni siquiera existe distancia, "nada separa un polo del otro, el inicial del terminal, se da una especie de aplastamiento recíproco, de penetración de los dos polos tradicionales el uno en el otro" (Brauddillard, 1987, p. 64). No es siquiera una dimensión, o tal vez sea una cuarta dimensión, como la que define la relatividad.

Nos estamos acercando a las postimerías de otro siglo y de otro milenio.



Delia Schimpf de Fonseca es Profesora en Filosofía y se desempeña actualmente como secretaria académica de la Facultad de Humanidades, Educación y Ciencias Sociales de la UAP.

Quiero ser optimista: lo voy a decir de otro modo: estamos a punto de inaugurar otro milenio de la humanidad.

Sin embargo parecería que a todos nos invade un oscuro y poco preciso sentimiento de temor o desconcierto. ¿Qué nos traerá el futuro? Este nuevo orden mundial ¿será el definitivo o es transitorio?

Hay en la imaginación colectiva una especie de presentimiento apocalíptico. Aun si damos crédito a la teoría evolucionista según la cual la humanidad avanza hacia formas de vida cada vez más perfectas y a un orden más perfecto, esa misma teoría sostiene que, de tanto en tanto, ocurren fluctuaciones o saltos evolutivos que implican la creación de nuevas formas de organización de la vida sobre la base de la destrucción de las anteriores. Entonces nos preguntamos: ¿Seremos nosotros el precio a pagar para que la humanidad inaugure un nuevo orden? No voy a responder esta pregunta, porque mis pretensiones son mucho más humildes: quiero que me acompañen a reflexionar sobre el presente: lo que somos, lo que hacemos, nuestro entorno cultural, hoy en 1994.

Concepto de posmodernidad

Se dice que vivimos en la posmodernidad, que nuestra sociedad es posmoderna. Dedicaré unos instantes a precisar un poco este término, que comenzó a utilizarse a fines de la

década de los '50 y a principios de los '60. Puede incluso tener diferentes interpretaciones, según la lectura que diversos autores hacen de él:

1. Para algunos es una moda pasajera. Así Iñaki Urlandibia (1990) afirma: "la posmodernidad es el folklore de la sociedad postindustrializada".

2. Tiene que ver con la sociedad en que vivimos que es la de la comunicación generalizada o de los *mass media*.

3. ●tros interpretan el prefijo *post* en el sentido de que se trata de una superación, dejar de ser (*aufheben*) de la modernidad, poniendo fin a una serie de aspectos de la misma. *Post* equivaldría a *anti*, como en otros casos similares. Por ejemplo: postcristiano-anticristiano, posthistórico-antihistórico, posmetafísica-antimetafísica.

4. Interpretan el *post* como una realización más plena de la modernidad pero sin superarla. Tal vez convendría el prefijo *hiper* o *ultra*.

Vamos a dedicar una atención mayor a los enfoques 3 y 4 conjuntamente, viendo cuáles aspectos de la modernidad han quedado obsoletos y cuáles se considera que deben realizarse más plenamente. Los ideales que preconizó la modernidad se agotaron a medida que ella triunfaba en medio de una crisis que tuvo distintos momentos, pero todos confluyeron en perfilar un deterioro que se hizo evidente en diversos sectores de la cultura.

Impacto en la cultura

El sociólogo Alain Touraine (1994), en un análisis muy lúcido, señala cuatro fragmentos de esa descomposición cultural, que se presentan en la Tabla 1.

En el plano individual:

a. El hombre: conceptualizado como criatura de Dios, portador de la marca del Creador, es reemplazado por un ser de deseo. No es el Yo, ni tampoco el Superyo (representando las normas morales o las convenciones sociales) el que controla la vida psíquica. El yo no es más que la envoltura del **ello**, de la sexualidad. Esta nueva antropología que lucha contra la religión, especialmente el cristianismo, es el tema fundamental de las obras de Nietzsche y quebranta por completo la idea racionalista de la conciencia colocando en su lugar

Tabla 1

Fragmentos de la descomposición cultural

	SER	CAMBIO	
Individual		Sexualidad	Consumo
Colectivo		Nación	Empresa

al **ello**, vocablo tomado luego por Freud al señalar la estructura de la vida psíquica.

b. Hacia fines del siglo XIX las sociedades pasan de un equilibrio casi estable al crecimiento. Durante casi un siglo de revolución industrial el consumo y el género de vida no habían cambiado significativamente. Pero a partir de fines del siglo XIX hubo una gran alteración en el consumo y en la conducta relativa al trabajo, que pasó a ocupar un lugar más reducido en la vida, se prolongaron los estudios, se amplió la jubilación, lo técnico y científico dominaron la producción. "*La economía definida por la producción y el consumo de las masas se encuentra dominada por el mercado*" (p. 98). Ahora la **racionalidad** es instrumental porque está al servicio de demandas que implican la búsqueda de símbolos de una posición social.

En lo colectivo:

a. En el ámbito de la producción, la idea central es la de organización, y la empresa es el centro de decisión. En muchos países, la década de 1920 es la de los sindicatos, y las luchas sociales se desarrollan en el seno de la empresa, utilizando como arma la ocupación de los locales.

b. Las luchas sociales se mezclan frecuentemente con luchas nacionales y hacen revivir la idea de identidad cultural. Surge el espíritu independentista: cada nacionalidad trata de delimitar su territorio o ampliarlo, crear símbolos de identidad nacional y constituir una memoria colectiva.

Al visualizar las diferentes fuerzas que dominaron la escena social y cultural del siglo pasado ¿no tenemos la impresión de estar viviendo un mundo fragmentado, ya que la personalidad, la cultura, la economía y la política parecen marchar cada una por su lado?

Hay una disociación del orden del ser y del cambio que antes estaban asociados. También se

separan el orden personal y colectivo. Por un lado, la sexualidad y el consumo y por el otro lado, la empresa y la nación. Todo esto como resultado de la descomposición de la modernidad clásica. El campo cultural en el que vivimos desde fines del siglo XIX no tiene unidad. El hombre se liberó primeramente de la ley divina y luego de las leyes de la razón. Por eso, falta un principio central ordenador y se lo ve como un siglo de crisis, de catástrofe, a pesar de considerársele un siglo de progreso.

Al mismo tiempo se advierte nostalgia por el pasado y por el orden perdido. Los críticos modernos de la modernidad (Marx, Nietzsche y Freud) eran racionalistas y todavía creían en la posibilidad de liberar al hombre de las trabas creadas por la cultura. Eran modernos y antimodernos a la vez.

Esa ambigüedad caracterizó cada uno de los fragmentos estallados de la modernidad y también caracteriza nuestra cultura presente con la diferencia de que la modernidad misma fragmentó la cultura, mientras que la posmodernidad trata de sepultar esos fragmentos alegremente, sin darle las honras fúnebres. Por eso el concepto de posmodernidad tiene un sentido.

Ese estallido de la cultura es representado por los teóricos de la posmodernidad con el concepto de implosión, tomado más bien de la arquitectura: la onda expansiva no es centrífuga sino centrípeta, y el enorme edificio de la modernidad se desploma sobre sí mismo como resultado de una reacción en cadena.

¿Qué elementos culturales poseen esa violencia objetiva, esa violencia capaz de producir semejantes destrozos?

En buena medida es resultado de la acción de los medios de comunicación generalizada. Baudrillard (1987) cree que es preciso pensar los *mass media* como si fueran “una especie de código genético que conduce a la mutación de lo real en hiper-real, igual que el otro código, micro-molecular, lleva a pasar de una esfera, representativa, del sentido, a otra, genética, de señal programada” (p. 62).

La modernidad rechazada

Por eso hablamos de “posmoderno”, porque en algún aspecto esencial la modernidad ha concluido. Ella misma habla de muertes, además de la

de Dios y la religión, y en esas muertes vamos a detenernos por unos momentos. Todo ha estallado a fuerza de contradicciones. Es lo que ha ocurrido con las instituciones, el Estado, el poder.

Ataque a la razón

La ilustración nos había dejado una idea del hombre como conciencia autónoma e individual, un “sujeto” dueño de sus conocimientos y discursividades. Era el centro en la explicación de la realidad.

El énfasis se había puesto en la razón humana, facultad que no es un don que conecta con lo infinito, sino un procedimiento para manejar la finitud. Ernst Cassirer (citado por Savater, 1990), dice que “la razón es menos una posesión que una forma de adquisición. Es método e instrumento, camino y arma” (p. 112). Cree en sus propias capacidades de dominio de lo natural y de control social.

Detrás se esconde el afán de dominio: el sujeto es señor del objeto, tiene un dinamismo expansivo que no cesa de manipular y colonizar. Por eso había que someterlo a “una cura de adelgazamiento” para terminar con esa tiranía.

Muerte del sujeto

Ese tratamiento para debilitar al sujeto resultó ser un proceso lento cuyos artífices entre otros, fueron Marx, Nietzsche, Freud, los representantes de la escuela de Frankfurt, los estructuralistas y los postestructuralistas, por mencionar sólo algunos.

El pensamiento ha sido derrotado y con él, el sujeto. Ya no es un sujeto fuerte, sino débil (Vattimo y Rovatti, 1990), dejó de lado el pensamiento crítico y se contenta con el “vagabundeo incierto” que alegremente atisba el evento, abandonándose al flujo de los acontecimientos. Así terminamos sin sujeto, o a lo sumo con un sujeto tan fatigado y decrepito que es fácil presa de las modas del momento. Ha olvidado la historia como para no repetir sus errores y carece del empuje necesario como para crear una cultura que no sea al decir de Baudrillard, anoréxica: la de la desgana, la expulsión, la antropoemia, el rechazo.

Crisis de la idea de historia

La ilustración consideraba a la historia humana como un proceso progresivo de emancipación,

la realización cada vez más perfecta del hombre ideal en un proceso unitario. Esta concepción implicaba la existencia de un centro alrededor del que se reúnen y ordenan los acontecimientos que avanzan hacia un fin, que realizan un plan racional de mejora, de educación, de emancipación.

Esta idea se ha desmoronado ante la crítica de la filosofía de los siglos XIX y XX, que puso de manifiesto el carácter ideológico de esas representaciones, construidas por los grupos y las clases sociales dominantes, que nunca nos cuentan todo lo acontecido, sino sólo lo que les parece relevante, o lo que les conviene porque los aspectos bajos de la vida, o los pobres o los grupos minoritarios, no hacen historia.

La historia ya no tiene un sentido, ningún eje vertebrador, ningún fundamento (*Grund*), ningún gran relato, dirá Lyotard (1991), ya sea marxista o cristiano. Esto lleva al relativismo historicista y cultural. Según Vattimo, debemos “buscar un sentido en la pérdida del sentido, es decir, en la multiplicación de los horizontes de sentido” (p. 29). En este relativismo, cada cultura debe ser juzgada según sus propios principios, todos igualmente válidos.

Así el fin de la historia y el fin de la ética se dan la mano.

Crítica del progreso

La crisis de la idea de historia lleva consigo la crisis de la idea de progreso: no se avanza hacia la realización plena del hombre en un plan racional de mejora, de educación, justicia, libertad, civilización.

El progreso pretendía concretar un determinado ideal de hombre, que estaba representado por la forma del hombre europeo moderno. Esa se consideraba la esencia verdadera del hombre, de todo hombre. Ahora ya no hay un modelo de naturaleza humana. La metafísica, con su pregunta

“
No hay ningún criterio universal de verdad o de justicia. Hasta la búsqueda de consenso es anticuada y sospechosa, porque detrás de ello se esconde el deslizamiento hacia el totalitarismo y la dominación.

por el ser, también muere porque el ser no coincide necesariamente con lo que es estable, fijo, permanente; no hay una esencia. El ser se transforma en devenir, tiene que ver con el acontecimiento, el consenso, el diálogo, la interpretación (Vattimo, 1992).

Ahora podríamos decir que ha surgido una nueva antropología que divide a los seres en dos clases: los que son mirados y los que no son mirados.

Ya no existe una forma de humanidad verdadera digna de realizarse, con menoscabo de otras peculiaridades o individualidades. Ahora toman la palabra

“
las minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales y estéticas. Es decir, se liberan las diversidades y esto tiene un efecto emancipador. Esta libertad se entiende como “oscilación continua entre pertenencia y desasimiento”.

Muerte de la verdad

Lyotard y otros sostienen que vivimos en una pluralidad de reglas y comportamientos, todos válidos. No hay ningún criterio universal de verdad o de justicia. Hasta la búsqueda de consenso es anticuada y sospechosa, porque detrás de ello se esconde el deslizamiento hacia el totalitarismo y la dominación.

Esa verdad que se definía como coherencia del pensamiento con sus objetos ahora se descubre como imposibilidad de establecer un horizonte de lo real.

Lo real se transforma en hiperrealidad por efecto de los medios de comunicación. Es imposible distinguir entre verdad y mentira: sólo la apoteosis del simulacro, el mundo convertido en espectáculo, profecía cumplida de Nietzsche que veía el mundo convertido en fábula.

Para Lyotard (citado por Urdanibia, 1980), ya no hay grandes voces que recuerdan lo que hay que hacer, “estamos en una sociedad sin padre... cada uno debe ser el padre de sí mismo, construir la autoridad” (p. 58).

Faltaría que nos dijera en base a qué criterios juzga lo racional-irracional, lo justo-injusto, lo humano-no humano.

Fin de la ética

No existen normas que regulen la conducta. Cada uno decide qué caminos habrá de seguir; o mejor, cada uno construye sus propios caminos. Por lo menos esa era la consigna del constructivismo, sólo que en ese proceso existía como referente la sociedad. El hombre posmoderno no admite que la sociedad le proponga reglas. No habla de normas éticas; tampoco habla del mal. ¿Qué es eso del mal? ¿Una carencia, un atributo, la actividad de un sujeto maligno?

El mal no constituye una realidad sustancial y carece de significado preciso. Habiendo eliminado a Dios, tampoco tiene sentido. Ha muerto o se ha vuelto “transparente” metiéndose en todas partes. La sociedad lo ha eliminado, según Baudrillard, blanqueando la violencia, exterminando gérmenes, practicando la cirugía estética... Ni siquiera hay posibilidad de nombrarlo, salvo en el discurso de los predicadores, y tampoco éstos se atreven a hacerlo.

Fin de lo social

Desde el estructuralismo el sujeto pasó a ser pensado desde categorías colectivas: nación, raza, cultura, clase social. Dentro de ellas, el proceso de comunicación social no puede ser explicado a partir del sujeto individual, pero tampoco a partir de los medios masivos de comunicación.

Estos “producen más cosas sociales en apariencia”, pero “neutralizan las relaciones sociales y lo social mismo en profundidad” (Baudrillard, 1987, p. 172).

¿Qué es una relación social? ¿Estar más en contacto? ¿Más informado? Esto no implica necesariamente ni “relación”, ni “social”. No es más que un modelo de simulación entre otros produciendo efectos de verdad. Ya no es posible distinguir entre lo real y su representación y así lo social es destruido por su simulación.

Fin de los intelectuales

¿Qué sentido puede tener el cultivo de lo intelectual en una época que no admite proyectos,

verdades, normas, primeros principios, ni causa últimas. La función rectora de la filosofía también ha muerto. Ya no es la reina de las ciencias, se ha convertido en Cenicienta. Su tarea ha quedado reducida a encontrar sentido al sinsentido.

La vida intelectual y la social se separaron y los intelectuales se encerraron en una crítica global de la modernidad. Se habían identificado tan completamente con la imagen racionalista e ilustrada, que se descompusieron juntamente con ella y ya no inspiraron confianza.

Solidariamente con estos derrumbes mencionados se desploman la autoridad, las tradiciones, las instituciones (escuela, iglesia, familia y Estado, según se los concebía tradicionalmente). Inclusive, según Robert Reich (1993) experto en economía política y Ministro de Trabajo de Bill Clinton se desvanecerá hasta la conciencia nacional. Se romperán las ataduras que mantienen unidos a los ciudadanos. Las fronteras dejarán de tener sentido, pensando en términos económicos. No existirán productos ni tecnologías nacionales, ni industrias ni economías nacionales. Lo único que persistirá dentro de las fronteras de una nación será la población que compone un país.

Cultura posmoderna

¿Qué queda entonces de la cultura?

Según Lyotard, la posmodernidad es una condición de la cultura de la sociedad contemporánea, cuya fragmentación se advierte en todos los ámbitos. Los rasgos de esta cultura posmoderna son presentados por Jameson con extraordinaria lucidez, señalando los siguientes:

Superficialidad o insipidez, tanto en la teoría como en la cultura de la imagen

Es la nota característica que se advierte en todos los órdenes, todo debe ser “light”, desde la mayonesa hasta los contenidos curriculares y el arte.

A propósito del arte, Jameson nos permite observar este rasgo al comparar el cuadro de Van Gogh *Zapatos de labriego* con el de Andy Warhol *Zapatos de polvo de diamante*. El primero, permite una lectura hermenéutica al estilo de Heidegger, mientras que el de Warhol no permite completar el gesto hermenéutico. En él sólo hallamos fetiches,

colección aleatoria de objetos reunidos como un manojo de hortalizas.

Ni el arte ni la filosofía tienen que ver con el significado y la verdad, sino con transformaciones de energía.

Se rompe con la estética de la representación, ya sea en literatura, música o pintura.

El arte posmoderno se basa en una libido semicodificada o descodificada. El efecto sobre el espectador o el consumidor se produce igualmente.

“Corrientes de libido encarnadas en el libro, en el cuadro o en la pieza musical producen fuerzas que dan lugar a sensaciones cuando percuten sobre los cuerpos de los consumidores” (Lash, 1989, p. 380).

Esas imágenes son como esquirlas lanzadas al cerebro y la respuesta según Baudrillard (1987) es que “las gentes sienten el deseo de llevárselo todo, de saquearlo, de comérselo todo, de manipularlo todo... fascinación activa y destructora” (p. 98) que semeja más un allanamiento o la violación de un santuario.

Debilitamiento de la historicidad

No se trata solamente de una ideología que pregona el fin de la temporalidad entendida como decurso lineal, sino de un tiempo que ha dejado de ser histórico. No se arraiga en el pasado: con él ha cortado los lazos; pero tampoco vislumbra el horizonte de un futuro. Lo que hay es una conciencia poshistórica del tiempo que se ha despojado del pasado y del futuro. El futuro ya ha llegado, todo está ya aquí, no hay que esperar ninguna escatología, ningún punto final.

Lo que interesa es vivir el presente, *ya*, sin demoras. Es mejor definir ese tiempo con un concepto más cercano al eterno retorno de los griegos. No pregunta por el origen, no piensa en un fin. Una repetición continua, pero de cosas nuevas. Lo expresan en términos científicos Prigogine y Stengers (1983): es una temporalidad ubicada “entre el tiempo y la eternidad”.

Para los habitantes de este mundo posmoderno, esa temporalidad representa prótesis, implantes, trasplantes, cirugías estéticas, etc. Es decir, todos los artilugios de la ciencia y la técnica puestos

al servicio de la humanidad para conjurar la muerte y concretar el ideal de sociedad adolescente.

Pese a todo, se está muy lejos de toda indiferencia. La preocupación historicista se pone de manifiesto en “la rapiña aleatoria de todos los estilos del pasado” (Jameson, 1992, p. 45), la primacía de lo “neo”, las películas “nostalgia” o la moda “retro”.

“Modas nostalgia” es un término no del todo apropiado, porque la nostalgia implica un sentimiento de tristeza por el pasado perdido y en este caso no podemos hablar de sentimientos, sino de intensidades, que es más bien una especie de regocijo alucinatorio.

Ocaso de los afectos

No significa que en la cultura posmoderna la subjetividad se haya desvanecido. Tampoco está exenta de sentimientos, sólo que éstos tienen características muy particulares: no arraigan en relaciones estables ni permanentes, son impersonales y flotan libremente tendiendo a organizarse en una peculiar euforia. Esto es lo que Jameson llama “el ocaso de los afectos”. El amor se disuelve en el deseo y la eternidad se diluye en el instante.

Modificaciones de la experiencia vivida del espacio urbano

Los urbanistas actuales tratan de que las ciudades se configuren sin un “centro” como el que estamos acostumbrados. Un ejemplo es la ciudad de los Angeles. Los grandes shoppings se levantan en los suburbios y no en el centro. La arquitectura de los edificios no incluye pórticos de entrada ni marquesinas que señalen el límite definido con lo exterior. Como ejemplos, pueden mencionarse: el Hotel Bonaventura de los Angeles, del arquitecto Portman y el Eaton Center de Toronto.

También los shoppings tienen una conformación muy particular. Ya dijimos que no se ubican en el centro, sino, al decir de la ensayista Beatriz Sarlo (1994), el shopping irrumpe en un baldío, al lado de una autopista, donde no hay pasado urbano y no se rinde tributo a las tradiciones ni al entorno. Representa las nuevas costumbres. Es un simulacro de ciudad en miniatura o el sucedáneo que toma su lugar. Semeja una cápsula espacial donde es posible realizar todas las actividades

urbanas. Además, puede encontrarse en él “la dulzura del hogar donde se borran los contrastes de la diferencia y el malentendido” (p. 20).

El shopping produce una cultura extraterritorial de la que nadie puede sentirse excluido. A esto se refiere Marc Augé (citado por Drouin, 1994), cuando introduce el concepto de “no lugar”: “nadie está en su casa, pero tampoco en la casa del otro” (p. 3).

Es un momento de desarraigo, de deshacimiento (*unmaking*); de desconstrucción, dirá Derrida. Es la erosión planificada del principio de realidad: el espacio se transforma en imagen, el individuo en mirada y la historia se vuelve actualidad.

Relaciones de todo con una nueva tecnología que representa un sistema económico mundial

Según los analistas de izquierda, la tecnología es el resultado del desarrollo capitalista. Mandel (citado por Jameson, 1992), señala tres momentos o saltos cualitativos que suponen una expansión dialéctica. Estas tres etapas son: (a) producción de motores de vapor, a partir de 1848; (b) producción de motores eléctricos, desde fines del siglo XIX; (c) producción de ingenios electrónicos y nucleares en el siglo XX.

Estos desarrollos permitieron el advenimiento de una sociedad que Daniel Bell llamó postindustrial.

La tecnología modernista había producido una especie de excitación jubilosa en los usuarios. Fascinó por sus posibilidades de reconstrucción prometeica de la sociedad humana, pero la tecnología de nuestros días ya no posee la misma capacidad de representación. No son tecnologías productoras, sino reproductoras (la computadora, la T.V. y videos).

Toda la red informática y comunicacional no es más que una figura distorsionada de algo más profundo, que según Jameson es todo el sistema mundial del capitalismo de nuestros días que ejerce el poder de un modo menos espectacular, más sutil, pero no por eso menos eficiente.

Esta nueva tecnología ha pergeniado la actual sociedad de consumo. La publicidad orienta el “impulso de compra” hasta los límites de la capacidad económica. No importa si usted no tiene dinero,

para eso se inventó el plástico. Todo se traduce en objeto de consumo. Los objetos seducen, imponiéndose al sujeto.

No interesan tanto los objetos en sí mismos, sino los sucesivos actos de adquisición. Los productos son creados para un consumo rápido e inmediato: los artefactos se vuelven obsoletos el mismo día que comienzan a funcionar, respondiendo a una técnica de marketing denominada “obsolescencia planeada” (Fernandez del Riesgo, 1990, p. 86), que utiliza la chapucería para aumentar beneficios a corto plazo.

La facilidad con que caemos en esta trampa, revela nuestras carencias más profundas. Nos constituimos en piezas dirigidas pero aún conservamos la ilusión de ser libres. Hemos perdido el autocontrol. El sujeto, sin voluntad y desustancializado se transforma en un simulacro de sí mismo, en el “yo débil” del que nos habla Vattimo.

Según Jameson, si tuviésemos que hacer una valoración de esta situación cultural tal vez coincidiríamos con la apreciación que hizo Marx del capitalismo, que vio en él “lo mejor y lo peor” que nos ha ocurrido; al mismo tiempo y en el mismo sentido, porque posee características denigrantes y a la vez otras que pretenden ser liberadoras. Depende de nosotros a cual de ellas daremos lugar.

Los que son estudiantes de la Sagrada Escritura podrán advertir que estas características están descritas allí con toda precisión. Esto fortalece la fe y llena de entusiasmo porque permite vislumbrar en el horizonte un verdadero nuevo orden mundial.

He querido presentar este tema con un mínimo de orden, aunque el posmodernismo prefiere el desorden. Pensar en un orden equivale a pensar en Dios que lo creó; por eso el hombre actual, descentrado de un punto de vista superior prefiere someterse al desorden en todas las esferas de su vida y de la cultura, porque en él ve sus mayores posibilidades. Para ellos, es mejor concebir el universo no como un cosmos sino como la habitación de un adolescente. Lo postulan los filósofos y pretenden demostrarlo los científicos que al estilo de Prigogine encuentran en los sistemas alejados del equilibrio la posibilidad de que emerja una nueva estructura, un nuevo orden.

¿Seremos las víctimas o los artífices de ese nuevo orden? La cultura se ha fragmentado y entre los trozos dispersos de la personalidad, la cultura, la economía y la nación ha quedado un vacío de poder. ¿Quién ocupará ese vacío que está en el centro de la sociedad? Claude Lefort cree que ese vacío es el primer principio de la democracia. Alain Touraine propone que lo ocupe la racionalidad instrumental, que sirva de mediadora entre las partes, para que éstas hablen la una a la otra.

Aún hay otros que consideran que allí debe estar la razón comunicativa. ¿Cuál es nuestra propuesta como educadores, como ciudadanos, como padres o como profesionales? Es posible que la respuesta la tengan mis colegas expositores en lo que resta de estas jornadas.

Para terminar, sólo una advertencia, y la hace Marcelo Luis Cao (1992), para quien la posmodernidad es el sofisma de fin de siglo: "El discurso posmoderno aparenta estar vacío para inmovilizar la réplica, pero es pleno. Intenta desarmar al rival primero azuzándolo con sus sofismas y luego ofreciéndose sin volumen ni sustancia, proponiendo así la lucha imposible de la espada con el holograma" (p. 4).

Referencias

- Baudrillard, Jean (1987). *Cultura y simulacro* (3a ed.). Barcelona: Kairós.
- Cao, Marcelo Luis. (1992, 30 de junio). Un sofisma de fin de siglo. *El Diario*, p. 4.
- Drouin, Pierre (1994, 30 de junio). Una cultura se mira el ombligo. *Clarín*, p. 3.
- Fernández del Riesgo, Manuel (1990). La posmodernidad y la crisis de los valores religiosos. En Gianni Vattimo y otros, *En torno a la posmodernidad* (pp. 77-101). Barcelona: Anthropos.
- Jameson, Frederic (1992). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Buenos Aires: Paidós.
- Lash, Scott (1989). Posmodernidad y deseo (sobre Foucault, Lyotard, Deleuze, Habermas). En Nicolás Casullo (Comp.), *El debate modernidad-posmodernidad* (pp. 357-400). Buenos Aires: Puntosur.
- Lyotard, Jean-François (1991). *La condición postmoderna* (2a ed.). Buenos Aires: REI Argentina.
- Mardones, José M. (1990). El neo-conservadurismo de los posmodernos. En Gianni Vattimo y otros, *En torno a la posmodernidad* (pp. 21-40). Barcelona: Anthropos.
- Prigogine, Ilya y Stengers, Isabelle (1983). *La nueva alianza*. Madrid: Alianza.
- Reich, Robert (1993). *El trabajo de las naciones*. Buenos Aires: Javier Vergara.

- Sarlo, Beatriz (1994). *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires: Ariel.
- Savater, Fernando (1990). El pesimismo ilustrado. En Gianni Vattimo y otros, *En torno a la posmodernidad* (pp. 111-130). Barcelona: Anthropos.
- Touraine, Alain (1994). *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Urdanibia, Iñaki. (1990). Lo narrativo en la posmodernidad. En Gianni Vattimo y otros, *En torno a la posmodernidad* (pp. 41-76). Barcelona: Anthropos.
- Vattimo, Gianni (1992). *Ética de la interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Vattimo, Gianni y Rovatti, Pier Aldo (eds.) (1990). *El pensamiento débil* (2a ed.). Madrid: Cátedra.